

TRISTEZA DE COLUMBKILL

Adomnán cuenta que San Columba de Iona, que todavía se llama Columbkil, Columbkil el Lobo, de la tribu de los O'Neill del Norte por su antepasado Niall de los Nueve Rehenes, es en su juventud un hombre brutal. Ama con violencia a Dios, la guerra, y los pequeños objetos fastuosos. Creció en una cuna de hierro, es un hombre de espada. Sirve a Diarmait y a Dios: Diarmait, rey de Tara, que puede contar con su espada para razias en el mar de Irlanda, merodeos de bueyes, festines crapulosos que terminan en masacre; y Dios, rey de este mundo y el otro, que puede contar con su espada para convencer a los sectarios del monje Pelagio, que niegan la Gracia, que la Gracia fulminante pesa su peso de hierro. Los pequeños objetos son aliados también de Dios y la espada: se ganan con la punta de la espada y todos, cálices, anillos o báculos, son de Dios... y los más bellos, los más raros, los más fastuosos, éstos que Occidente, más tarde cuando serán multitud, llamará libros, hablan de Dios, y en ellos Dios habla. Columbkil prefiere los libros a los copones: pues este capitán, que Adomnán llama el soldado de las islas y de Dios, «Insulanus Dei miles», este lobo es también un monje como lo eran en aquel tiempo, de manera inconcebible para nuestros entendimientos. Cuando deja la espada, cabalga de monasterio en monasterio, donde lee: lee de pie, tenso, moviendo los labios y frunciendo el ceño, con esa violenta manera de entonces que tampoco nos es concebible. Columbkil el Lobo es un lector brutal.

En el invierno del año 559, lee.

Acaba de llegar al monasterio de Movice, piedra seca sobre la landa pelada frente al mar de Irlanda. Lluve como en Irlanda, se oye el mar abajo pero no se ve. El abad Finian lo ha dejado solo en la choza que sirve de biblioteca. Hay cuatro libros: Columbkil hojea el gran evangeliario de altar, un ejemplar de las Geórgicas y la gramática de Prisciano. El evangeliario es de factura común, las Geórgicas, las leyó en Cork. Conoce también a Prisciano. Se interesa por el cuarto volumen, más pequeño, que sostiene en un saco al que hay que desatarle la correa. Lo abre al azar, lee: «Odio los

equivocos y amo tu Ley». No conoce este texto. Es una gran alabanza en rima, dividida en ciento cincuenta alabanzas más pequeñas. Al lado de las imágenes, se ve al rey David en sus diversas funciones de matanza y música. Los colores son hermosos, amarillo de oropimente y un azul de lapislázuli vertiginoso. Este azul y esta alabanza es el texto de los Salmos. Es el primer salterio que tiene entre las manos, tal vez el único que exista en Irlanda. Oye el mar, que cae abajo con todo su peso. Se sumerge en el texto.

Durante siete días, vuelve a la biblioteca sin que la lluvia cese. Lee de pie envuelto en una pelliza, las manos entumecidas, la boca voraz. Al séptimo día, conoce bien el texto, le ha despejado las articulaciones, puede recitar los estribillos; ha reconocido los tics del autor, sabe que es la traducción de San Jerónimo la que tiene entre las manos; y que es el monje Faustus quien la copió, pues ha leído en el colofón: «ora pro Fausto». Ora por Faustus. Ora por Jerónimo. A pesar de Faustus y Jerónimo, una tristeza voraz le corroe el corazón: va a tener que dejar este libro. Al caer la tarde, cena con Finian, lo alaba por poseer semejante tesoro. Finian resplandece de orgullo. Sobre el rostro de lobo de Columbkil se dibuja la sonrisa del zorro. «Permíteme copiarlo –dice–. Guardaré para mí esa copia, ningún monasterio de Irlanda podrá jactarse de compartir el tesoro de Finian». Finian, sin responder, se levanta y deja la mesa.

Por la noche, Columbkil se desliza fuera de su lecho. Bajo la lluvia oscura, en el estrépito espantoso del mar de Irlanda, llega a la biblioteca. Como un ladrón, enciende una pequeña vela y copia el texto de Faustus, que copió a Jerónimo. En el salmo IX, Finian entra y se apodera de la copia. El salterio cae, el rey David en el azul toca la lira. El lobo muestra los dientes pero Finian también es un lobo. Ambos están seguros de su derecho, muy tranquilamente fijan una fecha para acudir a Tara, donde el rey Diarmait, quien decidirá cuál de sus dos derechos es el de Dios. Columbkil está sobre su caballo chorreante, la lluvia oscura lo arrastra «por un camino tenebroso y resbaladizo», como dice el salmo.

En Tara, el rey Diarmait, sobre su silla de hierro,

dice: «El texto pertenece a Finian como el ternero pertenece a la vaca». Columbkil arroja a los pies del rey su anillo de vasallaje.

Durante todo el invierno, a caballo, recluta sus guerreros: cuarenta novenas de jóvenes en Drumlane, doce novenas en Kells, treinta novenas en Derry. En los festines de alianza, cuando está ebrio y hastiado, vuelve a ver el azul incalculable que parece nacer del arpa de David. Está feliz, canta para sí mismo los estribillos del salmo. En la primavera, todos los O'Neill están sobre las armas. Corre hacia Moville durante largas jornadas con seiscientos caballos. En la turbera de Cul Dreimhne, Diarmait, bajo un cielo resquebrajado, lo espera con mil caballos. Columbkil se arrodilla, ora por Faustus, que está en el cielo, ese lugar azul que nos espera y nos es favorable. Tiene ganas de reír. Se levanta, sacan el hierro. Por un camino tenebroso y resbaladizo, se lanzan a la pelea y luchan, muchos jóvenes se acuestan en el establo de la muerte. A mediodía, Diarmait con mil caballos está acostado en el pantano, la lluvia ha arreciado tanto que no se los ve, pero se les oye morir y se oye alegrarse a las cornejas. Columbkil, cubierto de sangre y lodo, riendo y ebrio, toma cuarenta caballos y a rienda suelta galopa hacia Moville. Se le oye reír a la cabeza del cortejo bajo la lluvia. Cuando Finian abre la puerta de su monasterio, ve al otro parado ahí con cuarenta guerreros. Las pellizas son grises como la lluvia. Columbkil tiene la sonrisa del zorro y la mirada del lobo, tiende su mano abierta. Finian, sin una palabra, va a buscar el pequeño saco y se lo da. Cuarenta caballos salen a todo galope bajo el cielo negro.

En su tienda de guerra en Cul Dreimhne, Columbkil, tembloroso, desata el saco, toma el libro. Es macizo y dócil como una mujer. Es suyo como el ternero es de la vaca, como la mujer es del amante: del íncipit al colofón, es suyo. Quiere disfrutarlo lentamente, abre, acaricia, trajoja, contempla... y, de repente, ya no tiembla, ya no ríe, está triste, tiene frío, busca en el texto algo que ha leído y ya no encuentra, en la imagen, algo que ha visto y ha desaparecido. Busca mucho tiempo en vano: estaba ahí, sin embargo, cuando no era suyo. Todo parece haberse estropeado, haber cambiado, tan sólo quizás el colofón

se parezca a sí mismo, el colofón en que el monje Faustus pide que oren por él. Columbkillev levanta la cabeza, escucha el estertor de los heridos y la alegría de las cornejas. Sale de su tienda, ha dejado de llover: también allá arriba, grandes trozos de azul viajan por encima del establo de la muerte. El libro no está en el libro. El cielo es un antiguo lugar azul bajo el cual estamos desnudos, bajo el cual lo que poseemos hace falta. Arroja el libro, arroja su pelliza y su espada. Toma el sayal, toma el mar, busca y encuentra un desierto en el mar espantoso de Irlanda: en la isla pelada de Iona, se sienta libre y despojado bajo el cielo, que a veces es azul.